

VELOCIDAD Y FICCION



UN se debate en los círculos dirigentes de la estrategia de los Estados Unidos la oportunidad de lanzarse a la fabricación de los bombarderos BX-70, capaces de hacer un recorrido Los Angeles-Moscú en menos de tres horas.

Son unos mastodontes esbeltos, de sesenta y tres metros de extensión, que pesan doscientas cincuenta toneladas. El secretario de Defensa, señor Mac Namara, considera, no obstante, que este aparato vuela con demasiada lentitud para confrontarse con los misiles capaces de destruirlo. Por su parte, el general Shriever, primer experto del Ejército del Aire americano, afirma que los Estados Unidos tienen necesidad de un bombardero de ese tipo, pero que ese bombardero tendría que ser capaz de pasar, de un vuelo de quince metros del suelo, hasta treinta mil; estima, pues, insuficiente el ciclo de acción y la velocidad del BX-70, que es la de tres mil kilómetros a la hora.

Este orden de velocidades queda, en efecto, ridículo al lado de las que alcanzan los misiles con propulsión iónica, capaces de enviar un cohete al espacio a tres mil kilómetros por segundo!... También en el suelo se buscan records denodadamente. En pocos meses el record mundial de automóvil sobre pista ha pasado de los setecientos a los ochocientos kilómetros por hora, lo que significa que teóricamente se podría ir por carretera de Barcelona a Madrid en menos de tres cuartos de hora. Pero esta cuestión es sorprendente, sobre todo, desde el punto de vista militar. Con instrumentos de este tipo podemos tener la esperanza de que las guerras pueden tener tal rapidez que concluyan antes de ser declaradas.

Justamente leíamos en una revista italiana un estudio sobre las eventualidades de una guerra atómica; el autor del artículo comparaba esas eventualidades con las de las guerras napoleónicas. Nosotros imaginamos ahora una guerra atómica como el desarrollo fulgurante de una sola operación militar, en la que una escuadra de aviones del tipo BX-70, con su carga de bombas H o D, hiciera una sola incursión sobre el territorio enemigo. Una sola pasada bastaría para la aniquilación del mapa en la zona afectada. Pero eso no es así. Según el articulista, ninguna potencia empezaría la guerra con el uso de las bombas nucleares. En este caso los movimientos de las tropas serían tan lentos como en la guerra napoleónica, en que la infantería marchaba en formación a razón de treinta o cuarenta kilómetros a la hora. La pesadez de los demás instrumentos de guerra en los caminos no les daría normalmente mayor autonomía. Asistiríamos a la reivindicación del mulo como sistema de transporte, dada la vulnerabilidad del ferrocarril; y lo probable es que una guerra oficialmente atómica derivara en una guerra de posiciones, de larguísima duración.

Si esto es así, ¿a qué se busca con tanto empeño el perfeccionamiento de los medios militares capaces de dar movilidad y rapidez a las fuerzas en pugna, cuando lo más probable es que esos medios no se pongan nunca en circulación práctica? Si un avión capaz de recorrer en tres horas la mitad del globo y de situarse en los antipodas, parece atrasado y lento a los responsables, ¿por qué no se dedican sencillamente a robustecer la piel del mulo, a impregnarla de soluciones químicas o biológicas que la hagan inulnerable a las balas o a las quemaduras, con lo que se habría conseguido un progreso evidente en una materia que, ésta sí, es utilitaria y va a intervenir en la contienda?

Vivimos excesivamente constreñidos por el suceso atómico y pendientes de la amenaza, que puede caer sobre nuestras cabezas, de la disgregación colectiva, producida por un zombombazo desintegrador. En determinados lugares, la presión que este suceso ejerce sobre la mentalidad de las gentes es capaz de producir estadios de histeria colectiva. Gran número de editores han lanzado, sobre todo en los Estados Unidos de América, series de novelas y de libros que alimentan el vértigo producido en la gente a causa de este problema. En estas semanas, una revista de gran circulación hacía un test entre una serie de personalidades, actores y escritores, científicos y militares.

Se trataba de imaginar que, tres minutos antes de estallar sobre nuestro planeta una bomba D, de deuterio, capaz de convertirlo en papilla, un

equipo de diez hombres —hombres y mujeres— consiguiera ponerse a salvo en una nave espacial. La misión de esta nueva "Arca de Noé" sería la de poner a salvo los elementos más característicos y sustanciales de nuestra civilización. Contestaba Jean Dutourd: "¿Qué empeño es este de querer a toda prueba sobrevivir, de pretender perpetuar sobre el planeta Marte la pintura de Carolus Duran, la literatura de Hemingway, la música de Massenet, las explosiones de motor de la General Motors y todo lo demás? En cuanto a Homero —añadía—, hace ya más de dos mil quinientos años que es leído y puede dormir en paz, puesto que ya ha tenido su ración de posteridad. Cuando nos miremos sentados a la derecha del Padre celestial, poco vamos a pensar en un platillo volante que lleva consigo veinte kilos de microfilms, una pareja de cabras, reproducciones de unos cuadros y una emisora de televisión. ¿Qué soledad la del hombre!", se lamentaba Dutourd, achacando a los promotores de la encuesta precisamente una falta total de imaginación.

Seguramente la única "Arca de Noé" de nuestros días es nuestra propia tierra, donde ya está todo lo que puede haber y, sobre todo, un exceso de mecánica. El cariz juliovernesco que va cobrando nuestra civilización no servirá precisamente para salvar al hombre de un cataclismo y llevarle a otras esferas donde pueda prolongar el cocktail-party, mientras le llega de nuestro ex planeta un povillo radiactivo que fue piedra de monumento, una lluvia atómica con pedazos de la Cibeles de Madrid o residuos atmosféricos del Partenón griego. Ese cariz de la "science-fiction" no hará más que empapar al hombre de pánico inútil.

una respetuosa instancia

Ese mismo debe de ser el criterio que ha movido al alcalde de Peralejos de las Truchas a solicitar del director general de Aviación Civil, en documentada y respetuosa instancia, que desvíe el trayecto de los aviones de línea que cruzan, de día y de noche, su término municipal. La noticia nos llega acompañada de una descripción del lugar en el que se asienta este pueblo, desde los tiempos de Marcial o aún antes, quien había cantado en versos latinos la belleza del paraje. Peralejos de las Truchas es una pequeña población situada en la conjunción de las provincias de Guadalajara, Teruel y Cuenca; se nos habla de la frondosidad de sus bosques y de la lozanía de sus prados, de la sonoridad y transparencia de sus fuentes y ríos, preñados de truchas sabrosas. El telegrama con la noticia parece todo él un fragmento del vate latino.

Los aviones, con su rurnruneo constante —ya que cruzan por sobre Peralejos todos los de la línea de Madrid a Barcelona—, mortifican a los vecinos del poblado. Sumergen al idílico paraje en las exudaciones de la vida moderna, que aunque la rocen sólo por alto destruyen la paz paradisiaca del lugar. La noticia es sabrosa porque nos sugiere la idoneidad de un lugar en el que todo es, todavía, sosiego espiritual, silencio campestre y égloga bucólica.

El alcalde de Peralejos de las Truchas ha sentido, o parece que va a sentir, unas trincheras teóricas de su propia guerra de posiciones frente al mundo que le rodea. Verdaderamente, desde allá debe de parecer cosa de locos lo que está ocurriendo en la vida. El rebaño y el agua transitan a las velocidades normales, equivalentes a las que tiene el viento en los árboles o el eco en las quebradas. En aquel mundo sin transistor y sin imagen televisiva se vive y se muere probablemente con una grave paciencia, a un ritmo que podría ser el de la Biblia. La visión que desde esa tierra tienen los hombres de sus contemporáneos no será distinta de la que tendríamos nosotros ante la visita de seres de otro planeta. Cuando levantan los ojos al cielo, al rurnruneo de un motor, sienten las angustias del pecado original, como si les acabaran de echar del Paraíso.

Debieran enviar al alcalde de Peralejos de las Truchas como emisario de la Tierra a los demás planetas. Conviene que el vestigio que quede de nuestra civilización no sea demasiado intelectual. Si algo ha de quedar de nosotros que sea la simple semilla de los árboles y de los hombres. Un exceso de cultura empañaría la benigna y ciega marcha de los otros mundos del espacio. Conviene que cuando lleguemos a Marte no logremos explicar mucho más que el sabor de las truchas o el rumor que hace el agua, todo aquello que se inventó directamente Dios, antes de que nosotros metiéramos mano en el asunto.